

1886
1955



Huerta del Maule: la aldea universal de la Zurzulita



Pudo haber
ido la casa
de la
Zurzulita.



Sus
corredores
llenos de
recuerdos.

HUERTA DE MAULE (Iván Gajardo Rodríguez. Texto y fotos).- La tierra de Zurzulita —heroína de Mariano Latorre— es Huerta de Maule. Es un suelo espeso de sol, de cerros que se levantan indicando al cielo, en medio de la claridad de chillidos de tordos, de vuelos presurosos de loicas en medio de las lomas donde estuvo la cosecha del buen trigo. Por estos lados nació Zurzulita, en la creación de Latorre, maulino que como dice un mármol recordatorio en su plaza hizo con esta "novela a Huerta de Maule, una aldea universal", cuyo homenaje lo hizo algún tiempo el Grupo Ancoa de Linares, a instancias de inscribir en el tiempo una perspectiva eterna del escritor costumbrista, cuya ambientación creativa lo ubica dentro de los clásicos de nuestra literatura.

El lugar acoge al viajero, entre los recovecos de un camino que lleva al pueblo, enquistado al borde de los cerros, por entre las casas de cuyo seno salen perfumes de albahacas y ruido de huertas, con olor a esa humedad que trasciende entre la sequedad del sendero polvoriento y amarillo, a eso del mediodía.

En verdad, es pintoresco el ambiente que se recorta entre los grandes corredores añosos, cansados por el tiempo y también enganchados entre gruesos clavos, de las herrerías, que sujetan el paso de los días.

El silencio es perturbador, lo aquieta desde las raíces como aquellos árboles por donde se mecen los ojos del caminante y se quedan dormidos por el run run de los insectos que pululan entre las ramas huyendo de los pájaros.

La tierra de Zurzulita es inmensa.

Es corto el pueblo.

Macizo como los robles.

Por allí, entre las quebradas, debió haber pasado Zurzulita, agobiada por el hablar de la gente, dejando un rastro pasmado de humedad, tal vez por el llanto.

Todavía deben existir los zorros que lamieron sus lágrimas, en medio de la soledad desdichada, y también en más de una casa de campo, seguramente entre sus rincones, se encuentran los armoniosos sonidos de una guitarra, tocada en medio de la noche de luna, en enero.

Es bella Huerta de Maule.

Todo invita a la devoción de las letras, cuando en su entrada, como un culto a la naturaleza, San Francisco de Asís, da la bienvenida, en medio de un templo de eucaliptus. Desde allí sus casas, y su gente solariega, pausada, que trabaja en el campo y las mujeres, amasando el pan entre el cacareo de las gallinas, que despiertan a los perros, que duermen la traspasada de estrellas, en su perreo andar nocturno.

Mariano Latorre no pudo elegir mejor este ambiente campesino.

Huerta de Maule es con seguridad su pueblo adoptivo, por eso el Grupo Ancoa lo recuerda con certeza gracias a esa ungida devoción de recordar lo que siempre debe estar en la actualidad, dejada por los genios que escriben entre las paredes, el aire, las lámparas y también acostados en la almohada de sus sueños.

Para qué decir de las casas con los corredores, llenos de tejas, con puertas de robles, con aldamas forjadas en la fragua a puro fuego campesino.

Es parte del paisaje. Sus ventanas ahora cerradas al tiempo y al pasado, se entornan de recuerdo de familias que habitaron los vestíbulos, con doncellas incluidas dentro del repertorio tradicional en las grandes reuniones.

Hay que andar sobre el piso que cruje como alfajores cocidos en un horno de barro, calentados con romerillo. Entonces, uno se da cuenta que se va entrando de a poco a las piezas y de pronto como si todo fuera mágico se escucha el sonar de la vajilla que se lava en la cocina y percibe el olor cándido de los eliotropos del cerrado jardín en el patio en clausura.

Piensa en Zurzulita, en Mariano Latorre; en sus personajes, los que aún viven en este estilo rural, en donde la leche fresca cae a chorros desde las ubres formando un torbellino albo, casi azul, con espuma, mientras se prepara el pan caliente para llevarlo a la mesa.

De pronto la mirada se empuja hacia el papel mural, y nota que por allí, entre el destellido de él debió haberse colgado más de un retrato, y por qué no un óleo con olor a campo, con vacas rumiando la sed a eso de las seis de la tarde.

Es un paraje encantador.

Ya quedan muy pocos. Y, lo mejor de todo que estos lugares, no son visitados por nadie, como que entonces parece que la puerta del aire no desea abrirse para mantener los secretos de Huerta de Maule.

Se le viene encima el silencio.

Entre éste y lo que pienso escribir, existe una brecha honda; imprecisa, tal vez. Me quedo paralizado. Ni siquiera tomo apuntes. Y no deseo conversar con su gente, porque el entorno me lo cuenta todo... ¿Para qué entonces sacrificar mi libreta?...

Pero me acuerdo de mi máquina fotográfica, que de pronto se mueve entre el colgador y el cuello. Apunto al objetivo, y el ¡clic!, despierta a unos gorriónes que toman agua en la pileta de su plaza... ¡Huyen, y se pierden monte arriba, entre unos naranjos!... Adivino que me miran espantados, porque sus alertas, silban entre los picos casi mojados...

Me alejo de Huerta de Maule, sin conversar con nadie, sólo con Mariano Latorre y su heroína, en esta aldea universal.